

Nora Domínguez, *El revés del rostro*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2021, 256 pp., ISBN 978-950-845-407-2



Florencia Angilletta

Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas” – Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional de las Artes, Argentina
florenciangilletta@gmail.com

Ante la supuesta ausencia de “hitos” teóricos, Josefina Ludmer ha señalado que en América Latina la teoría se practica en –y con– la crítica. Táctica y estrategia, como aprendimos. *El revés del rostro*, el último libro de Nora Domínguez sobre las “figuras de exterioridad en la cultura argentina”, puede encuadrarse entonces en tanto *ejercicio crítico* –leído sin dudas en su montaje–, y, a la vez, como *intervención* sobre la teoría literaria –es decir, operación sobre las disciplinas, sobre el género, sobre la escritura; en definitiva, sobre los “modos de leer”–. Artefacto bifronte, crítico y teórico –teórico en su crítica– no se propone decir todo lo posible, pero decirlo nada más que “en” el género: hace del género un dispositivo de lectura. Es decisiva la lectura epocal de este posicionamiento: las condiciones de la imaginación pública habilitantes.

Lo mismo puede decirse del “rostro”. Un dispositivo de preguntas. Un dispositivo de archivo. Un dispositivo de series. Sin totalizar, circunscribir ni binarizar. Sin volverlo “tema”. Josefina Ludmer ha señalado en sus míticas *Clases* de 1985: “La teoría se diferencia de lo que podría ser una metodología literaria o metodología de análisis literario. Un modelo es un esquema sobre cómo puede analizarse un texto”. Lejos de las recetas, el aplicacionismo o el juego en la zona segura, las páginas de *El revés del rostro* se deslizan hacia la forma como hechura. La cadencia y el ritmo de una búsqueda de rigor sin solemnidad –estética y ética como inescindibles en el decir, en cómo decir–. Toda lectura implica dar una batalla, ya desde los materiales aquí se marca ese campo de lucha: ficciones, imágenes, películas, arquitecturas. Materiales y materiales, al esbozar puentes y no muros, en la asunción de la interdisciplinariedad en aquellos “modos de leer”. Hacer teoría con la crítica.

Así los rostros, figuras de indización máxima, referencialidad extrema, emergen puntos de llegada y no de partida. No son índices, funcionan como textos. Se trata menos de un acopio o adición de rostros y más de una problematización factible de cruzar esas materialidades, esos umbrales, esos repartos sensibles. Allí donde afincaría la identificación o la catalogación, la

parte por el todo, son recolocados como “superficies de placer”, al decir de la famosa canción y más aún de la escritura de Roland Barthes, en tanto *placer del texto*, temblor o hendidura desde la cual cuestionar –y no sólo afirmar–. Escribir sobre los rostros para alojar alteridades, no mismidades. Las escrituras de Jorge Barón Biza, John Berger, Nicola Constantino, Georges Didi-Huberman, Marta Lynch, Jean-Luc Nancy, Eva Perón, Griselda Pollock, entre las de otros/as, conforman los engranajes para atravesar esos rostros expuestos, velados, matizados, rotos, recompuestos. Rostros leídos.

Si un libro se organiza como práctica en su índice y como apuesta en su dedicatoria, ambas ordenaciones aquí se potencian. *El revés del rostro* está dedicado a Sylvia Molloy, Josefina Ludmer, Ana Amado (a la fidelidad, el aliento, el soplo; respectivamente) y se organiza en agradecimientos, introducción (“Políticas del rostro”), cuatro capítulos (“Desfile de rostros”, “Dar las caras”, “Las caras incalculables del mito”, “Enfrentamientos”), coda y epílogo. De este modo, se intersectan cuatro núcleos: belleza (capítulo uno), violencia (capítulo dos), los rostros de Eva Perón (capítulo tres), conflictos de clase (capítulo cuatro).

El primer capítulo explora exterioridades e interioridades. Por ejemplo, descomponer que el retrato de un rostro sea siempre íntimo, desestabilizar sentidos de esas duplas tan coaguladas –superficie/profundidad–, es decir, “las fisuras del sujeto moderno” (78). A partir de *El desierto y su semilla*, de Jorge Barón Biza, el capítulo dos interviene sobre el rostro de Clotilde Sabattini y los “documentos literario-biográficos de una mujer luchadora y resistente que seguramente detestaba verse como víctima” (139). Eva Perón como artefacto, en el capítulo tres, apunta a que “tal vez sea el rostro de Eva Perón el lugar donde esa lógica entra en tensión: el más difundido, reproducido, ficcionalizado en diferentes registros y formatos parece armar y desarmar sentidos contrapuestos en cada época y en cada texto” (33). El capítulo cuatro, enfrentamientos sociales y de clase, subraya cómo “en los relatos de amas y criadas, los bordes se mueven débil o enfáticamente, arbitraria o justificadamente hacia uno u

NORA DOMÍNGUEZ, EL REVÉS DEL ROSTRO...
FLORENCIA ANGILLETTA

otro lado mientras entre sus pliegues se cuentan las historias que hacen que los rostros sean considerados humanos, menos que humanos o directamente no sean tenidos en cuenta” (227).

El cuerpo a cuerpo es texto a texto: la política *en el interior de los textos*: “El rostro como ícono, como figura, tal vez no sea en sí mismo político, pero la exterioridad que esparce y dispersa concentra múltiples puntos de politización” (245). *El revés del rostro* construye una constelación con puntos singulares y diferentes. Con acercamientos y distancias. Con escalas y texturas. Una

manera de leer la literatura, la política y, en especial, la teoría literaria. Cada núcleo contrae y expande, tan móvil como sutilmente esas triangulaciones. En el libro se produce mucho más que una investigación sobre el rostro: es un ejercicio de pasión por lecturas, una puesta en acto de escrituras, una intervención sobre el estado del arte y de las preguntas –siempre vivas–: ¿cómo leemos? *El revés del rostro* se hamaca entre siglos y trae de los tembladerales de la historia un mensaje tan simple como encriptado. La fuerza de la literatura. Lo que la literatura puede. Que es decir: lo que la teoría puede. Aún hoy.